



unánimes

Estudios bíblicos

O: Carta a los Romanos

18.- Los tres gemidos



unánimes

Estudios Bíblicos

O.18.- Los tres gemidos

1. El texto

Romanos 8:18-27

Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse, porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. La creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza. Sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora. Y no solo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo, porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; ya que lo que alguno ve, ¿para qué esperar? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos.

De igual manera, el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad, pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Pero el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos.

2. Introducción

Pablo ha estado hablando de la gloria de la adopción en la familia de Dios, y ahora vuelve al estado turbulento del mundo presente. Traza un gran cuadro. Habla con visión poética. Ve a toda la naturaleza esperando la gloria que será. Por el momento, la creación está sometida a la esclavitud de la caducidad.

Para pintar este cuadro, Pablo estaba usando ideas que cualquier judío podría reconocer y entender. Habla de la edad presente y de la gloria que se manifestará. El pensamiento judío dividía la historia del tiempo en dos secciones: la edad presente y la edad por venir. La edad presente era totalmente mala, sometida al pecado, a la muerte y a la corrupción. Pero alguna vez llegaría el Día del Señor. Sería un día de juicio en el que se sacudirían hasta los mismos cimientos del mundo; pero de su ruina surgiría un nuevo mundo.

La renovación del mundo era uno de los grandes pensamientos judíos. El Antiguo Testamento habla de ella sin elaborar detalles: «He aquí que Yo crearé nuevos cielos y nueva Tierra» (Isaías 65:17). Pero en los días entre los dos Testamentos, cuando los judíos eran esclavizados y perseguidos, soñaban con aquella nueva y con aquel mundo renovado.

El sueño de un mundo renovado les era muy querido a los judíos. Pablo lo sabía y aquí, por así decirlo, dota a la creación de sensibilidad. Concibe la naturaleza esperando anhelante el día en que será quebrantado el dominio del pecado. La muerte y la corrupción habrán pasado y vendrá la gloria de Dios. Con un detalle de imaginación poética, dice que el estado de la naturaleza era aún peor que el de los seres humanos; porque éstos habían pecado deliberadamente; pero aquélla había sido sojuzgada involuntariamente. Inconscientemente se había visto involucrada en las consecuencias del pecado humano. «Maldita será la tierra por tu causa», dijo Dios a Adán después de la caída (Génesis 3:17). Y aquí Pablo, con visión poética, contempla a la naturaleza esperando la liberación de la muerte y de la corrupción que ha traído al mundo el pecado humano.

Si eso es verdad de la naturaleza, es todavía más verdad de la humanidad; así es que Pablo pasa a considerar la ansiedad humana. En la experiencia del Espíritu Santo los hombres tienen un anticipo, un primer plazo de la gloria que ha de ser; ahora anhelan con todo el corazón la plena realización del significado de su adopción en la familia de Dios. La manifestación final de esa adopción será la redención del cuerpo. Pablo no pensaba que la criatura humana en su estado de gloria sería un espíritu sin cuerpo. En este mundo, el hombre es un cuerpo y un espíritu; en el mundo de la gloria, el hombre será salvo en su totalidad. Pero su cuerpo ya no será la víctima de la caducidad y el instrumento del pecado, sino un cuerpo espiritual apto para la vida del hombre espiritual.

3. El sufrimiento y la gloria

Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse...

Pablo hace una exquisita comparación entre las aflicciones del tiempo presente y la gloria que esperamos y que se manifestará en el futuro. Debemos entonces analizar esta comparación:

3.1. Los dos elementos comparados

“*Tengo por cierto*”, afirma Pablo, diciendo en realidad menos de lo que quiere significar, ya que lo que él realmente quiere decir es: “Estoy firmemente convencido”. ¿Firmemente convencido respecto a qué? Pues respecto a que los sufrimientos del tiempo presente no son dignos de ser comparados con la gloria que será revelada en nosotros. Es evidente que el apóstol aparece como si tuviese en su mano una balanza o báscula. Como siempre, la misma tiene dos platillos. En uno él coloca “los sufrimientos del tiempo presente”; en el otro “la gloria que será revelada en nosotros”.

El primero (el sufrimiento) es resultado del pecado. De no haber habido pecado, los seres humanos no tendrían que haber sufrido. Veamos el origen de esa maldición:

Génesis 3:16-19

A la mujer dijo:

—Multiplicaré en gran manera los dolores en tus embarazos, con dolor darás a luz los hijos, tu deseo será para tu marido y él se enseñoreará de ti.

Y al hombre dijo:

—Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer y comiste del árbol de que te mandé diciendo: “No comerás de él”, maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida, espinos y cardos te producirá y comerás plantas del campo.

Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres y al polvo volverás.

La segunda (la gloria) es el resultado de la gracia. En lo que tiene que ver con los hijos de Dios, el primero es temporal, la segunda eterna.

¿Qué tipo de sufrimientos tiene en mente Pablo? ¿Los que se experimentan como resultado de nuestra relación con Cristo? Por cierto, que estos sufrimientos están incluidos. Con todo, no es aconsejable limitar la palabra “sufrimientos” como aquí se la emplea, a dichas aflicciones. Como lo indica el texto con toda claridad, también se incluyen otras aflicciones. El apóstol piensa en sufrimientos en general; incluyendo en consecuencia el dolor (tanto físico como mental), la enfermedad, el desengaño, el desempleo, la pobreza, la frustración, etc. Esto también se desprende del hecho que él usa la muy general expresión “los sufrimientos de este tiempo presente”, es decir, “de esta era presente”, ese “tiempo” o “era” que se extiende hasta la segunda venida de Cristo y concluye con ella.

¿Y qué diremos de la gloria de la que Pablo habla? ¿Se está refiriendo a las bendiciones del estado intermedio; es decir, a las alegrías beatíficas que las almas de los redimidos comienzan a experimentar en el mismo momento en que dan el último aliento? No se refiere a la gloria que se experimenta después de partir y antes de regresar con el Señor en su segunda venida. No puede ser eso lo que Pablo tiene en mente aquí. El texto deja bien en claro que él se refiere a lo que sucederá en el momento de “la revelación de los hijos de Dios” y de “la redención (la gloriosa resurrección) de nuestros cuerpos”; en otras palabras, en el momento del regreso de Cristo.

También es significativo el hecho que el apóstol, al dictar esta carta, no dijese “la gloria que será revelada a nosotros”, sino “*en nosotros ha de manifestarse*”. En otras palabras, esta gloria vendrá a nosotros, como si fuera, entrará en nosotros, y luego,

tras habernos llenado y rodeado, se revelará en nosotros. Nosotros mismos seremos parte de esa gloria: los redimidos la verán los unos en los otros. Los ángeles la verán en nosotros y serán llenos de acción de gracias y alabanzas a Dios.

3.2. El resultado de esta comparación

Pablo dice que el platillo en que la gloria ha sido depositada pesa tanto más que el otro y por lo tanto baja inmediatamente. Están ambos en una balanza y claramente la gloria pesa más. Nuestros sufrimientos presentes, no importa cuántos ni cuán severos sean, se pierden en la insignificancia cuando se los compara con nuestra gloria futura.

3.3. La razón de esta comparación

La iglesia de Roma, tan estratégicamente situada, pero rodeada de peligros y enemigos, necesitaba aliento. El presente pasaje lo da en abundancia.

Al reflexionar sobre la gloria que será revelada en nosotros, como también a nosotros, por supuesto, nos damos cuenta que la realidad superará nuestras más altas expectativas. ¡Qué gloria será estar allí, en cuerpo y alma redimidos, en el momento de la gloriosa segunda venida de Cristo y después para siempre!

4. El gemido de la creación

..porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. La creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza. Sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora.

La que aquí es llamada tres veces “la creación” es denominada finalmente en el mismo texto “toda la creación”. ¿Qué es lo que esta expresión incluye? No puede incluir a los ángeles buenos, puesto que ellos nunca fueron sujetos a vanidad ni sucumbieron nunca a la corrupción ni al deterioro. Satanás y sus demonios están excluidos, ya que nunca serán librados. Esto también es válido para todos aquellos que nunca serán salvos, los que no han sido escogidos. Tampoco están incluidos aquí los escogidos, ya que se los considera en este versículo como un grupo aparte. Se nos dice que la creación espera la revelación de los hijos de Dios, indicando que la liberación de la creación de su esclavitud a la corrupción tendrá lugar cuando ocurra la revelación de los hijos de Dios. Además, lo que los escogidos hacen y lo que les sucederá está descrito más adelante.

Excluidos estos cuatro grupos, lo que queda es la creación animada e inanimada, que no goza de raciocinio. Uno podría llamarla creación subhumana o simplemente la naturaleza.

Se nos dice, por consiguiente, que esta “totalidad de la creación” restante espera y anticipa anhelantemente, con la cabeza en alto, la revelación de los hijos de Dios. Está, por así decirlo, estirando su cuello en su esfuerzo por verla.

Cuando uno pregunta: “¿Cómo es posible que pájaros y plantas demuestren un interés tan intenso en lo que sucederá con los hijos de Dios?” la respuesta muy bien podría ser: “Si según la Escritura, los árboles pueden regocijarse (Salmo 96:12), los ríos batir las manos (Salmo 98:8), el desierto alegrarse (Isaías 35:1), y los montes y cerros levantar canción (Isaías 55:12), ¿por qué no podrían los pájaros y plantas esperar con anhelo?” Como es claro, lo que aquí tenemos es la personificación de la creación o naturaleza.

No obstante, tal respuesta es incompleta. Queda más por decir que: la restauración de la creación irracional, tanto animada como inanimada, está íntimamente relacionada con “la revelación de los hijos de Dios”. Ambas cosas están vinculadas, de modo tal que la restauración y gloria de “los hijos de Dios” implica lo mismo para “toda la creación”. Y que existe la certeza absoluta de que esto sucederá.

Es hermosa y de mucho significado la frase “*la manifestación de los hijos de Dios*”. Indica que hasta el día en que regrese Cristo no se hará público el conocimiento de cuanto Dios los ama y cuán ricamente los recompensa. Así lo dijo el Señor:

Mateo 13:43

Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre.

También el Señor se lo había dicho al profeta Daniel:

Daniel 12:3

Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas, a perpetua eternidad.

Los escogidos serán puestos en exhibición, de modo que todos puedan ver lo que Dios ha hecho por ellos y en ellos.

La creación entera anhela ardientemente la manifestación de los hijos de Dios porque dicho evento significará también gloria para toda la creación. Hemos de tener en cuenta que “no fue por su propia elección”—o sea, que no fue por su propia culpa—que la creación fue sujeta a vanidad. No fue la creación irracional la que pecó. Fue el hombre. Y Aquel que sujetó a la creación a vanidad fue Dios. Fue Él quien, debido al pecado del hombre, pronunció una maldición sobre ... ¿qué o quién? Bueno, en un sentido sobre la creación, pero en un sentido aún más profundo, sobre el hombre.

Entonces, visto que la humillación de la creación no procede de su propia culpa, como lo afirma específicamente este pasaje, la misma ciertamente participará de la restauración del hombre. El destino de la naturaleza está íntimamente vinculado con el de los “hijos de Dios”. Es por ello que la creación entera es presentada como si estuviera estirándose el cuello para ver la revelación de los hijos de Dios.

Notemos la expresión: “la creación fue sujeta a vanidad”. Cuando a esta palabra se le da el significado de orgullo pomposo, ella no tiene nada que ver con este pasaje. La palabra usada en el original hebreo no se refiere a la ambiciosa ostentación. Indica que, desde la caída del hombre, las potencialidades de la naturaleza están encofradas, encapsuladas y encerradas. La creación está sujeta a un desarrollo reprimido y a un decaimiento constante. Aunque aspira, no es capaz de un logro pleno. Aunque florece, no llega al punto de fructificar adecuadamente. Se la puede comparar a un poderosísimo campeón de box o de lucha que está encadenado de tal manera que no puede hacer uso de su tremenda capacidad física. La maldición de la plaga vegetal diezma las cosechas. La pérdida se estima en muchos millones por cada plaga en particular. Los patólogos agrícolas dirigen sus esfuerzos hacia el desarrollo de métodos de prevención contra la plaga, o al menos reducción o control. Y, de modo algo diferente, lo que es cierto para el mundo vegetal, también lo es para el mundo animal.

¡Qué día glorioso será cuando todas las restricciones originadas en el pecado del hombre hayan sido quitadas y veremos esta maravillosa creación llegando a su total realización, alcanzando finalmente su plenitud, compartiendo “la gloriosa libertad de los hijos de Dios”!

Pablo compara el fuerte anhelo y ansiosa expectativa de la creación con el gemido de una mujer que está en proceso de dar a luz un niño. Sin duda tal gemir indica sufrimiento, pero está implícita la esperanza. Como nos lo recuerda Calvino, estos gemidos son dolores de parto, no de muerte. La frase añadida “al unísono” o “juntamente”, indica que cada parte de toda esta creación participa en estos dolores de parto.

Alrededor de este tema hay dos posibles explicaciones. Ambas se derivan de dos textos:

2 Pedro 3:13

Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia.

Apocalipsis 21:1–5

Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían pasado y el mar ya no existía más. Y yo, Juan, vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de parte de Dios, ataviada como una esposa hermosea para su esposo. Y oí una gran voz del cielo, que decía: «El tabernáculo de Dios está ahora con los

hombres. Él morará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron».

El que estaba sentado en el trono dijo: «Yo hago nuevas todas las cosas». Me dijo: «Escribe, porque estas palabras son fieles y verdaderas».

4.1. La renovación

Estrechamente vinculada con esta conflagración habrá un rejuvenecimiento. El fuego no destruirá el universo. Existirán todavía el mismo cielo y la misma tierra, pero gloriosamente renovados, de manera tal que serán en tal sentido un nuevo cielo y una nueva tierra. Por consiguiente, no solamente iremos nosotros al cielo, sino que el cielo descenderá, por así decirlo, hasta nosotros; es decir, las condiciones de perfección que hay en el cielo se encontrarán presentes a lo largo y a lo ancho de ese universo gloriosamente rejuvenecido por Dios.

Esta transformación incluirá una armonización. En el momento presente se puede describir a la naturaleza como algo que se caracteriza por “la crudeza del colmillo y de la garra”. La paz y la armonía están ausentes. Diversos organismos parecen obrar con intenciones contrarias; buscan eliminarse el uno al otro. Pero entonces habrá concordia y armonía por doquier. Habrá diversidad, por supuesto, pero con una deliciosa combinación de vista y sonido, de vida y propósito, de modo tal que el efecto total será de unidad y armonía.

4.2. La nueva creación

La creación, tal y como la conocemos, será destruida. Dios hará un cielo totalmente nuevo y una tierra totalmente nueva porque las cosas viejas pasaron.

Ambas posiciones se alinean con la perfecta armonía que habrá en la naturaleza haciendo que la profecía del profeta Isaías se cumpla:

Isaías 11:6-9

Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro, el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará.

La vaca pacerá junto a la osa, sus crías se recostarán juntas; y el león, como el buey, comerá paja.

El niño de pecho jugará sobre la cueva de la cobra; el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora.

No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte, porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar.

5. Nuestro propio gemido

Y no solo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo, porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; ya que lo que alguno ve, ¿para qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos.

No sólo gime toda la creación subhumana, sino que también lo hacemos “nosotros mismos”, dice Pablo, incluyéndose así a sí mismo junto con aquellos a quienes se dirige en la esfera de todos los que gimen. Al añadir luego “que tenemos las primicias del Espíritu”, ¿quiere decir: “gemimos aunque tenemos” o “gemimos porque tenemos”? Cualquiera de las dos posibilidades tienen muy buen sentido. Él puede haber querido decir: “Aunque ya somos tan ricos, tratamos de alcanzar riquezas aún más preciosas”. O puede ser que haya querido decir: “Visto que ya tenemos el Espíritu, estamos convencidos de que hay mucho, mucho más, preparado para nosotros. Por ello anhelamos ardientemente recibirlo”. A la luz del hecho que no estamos seguros cuál de estas alternativas tenía preponderancia en la mente del apóstol, tal vez lo mejor sea, en nuestra traducción, dejar el participio tal como es, a saber, teniendo o poseyendo.

Pablo dice: “nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu”. ¿Qué está queriendo decir con eso? En algunos textos del Éxodo y Deuteronomio y otros pasajes, sabemos que a los israelitas se les mandó que ofrecieran a Dios las primicias de la tierra (granos, vino, aceite), y aun de la lana de la esquila de las ovejas. Pero también lo contrario es cierto. También Dios da sus primicias. Él da las primicias del Espíritu Santo, lo que hace posible que Pablo pueda afirmar que él mismo y aquellos a quienes se dirige están ahora en posesión de esta bendición.

¿Se refería el apóstol a una cierta cantidad del Espíritu que había sido derramada hasta entonces y que había más Espíritu para ser concedido después? Hay una opinión que es bastante popular, en especial entre gente que con frecuencia se refiere a la “segunda bendición”, que afirma que hay porciones del Espíritu. La misma es, no obstante, errónea. No hay razón para dudar que el apóstol se refiere aquí al Espíritu Santo mismo. Así lo dice el Señor:

Juan 3:34

...porque aquel a quien Dios envió, las palabras de Dios habla, pues Dios no da el Espíritu por medida.

Ese Espíritu es en sí mismo las primicias o prenda de la salvación por venir en toda su plenitud, que está reservada para los hijos de Dios cuando regrese Cristo. No hay razón para

creer que Pablo se refiera a una cosa en la carta a los Efesios y a otra diferente aquí en Romanos.

Efesios 1:13-14

En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria.

¿Cómo hemos de entender que aun los creyentes gimen? ¿No es quizá lógico pensar que el gemir de los hijos de Dios se parece al de la naturaleza? Si en dicho caso el gemir de la creación entera consistía en dos elementos, a saber, la experiencia del dolor y la anticipación en esperanza, podemos llegar a la conclusión que lo mismo tiene vigencia para quienes poseen las primicias del Espíritu, los amados hijos de Dios.

¿Está pensando Pablo en el hecho que los cristianos se dan cuenta que son todavía muy imperfectos? ¿Tan pecadores que a veces exclaman: “¡Miserable de mí! ¿Quién me rescatará de este cuerpo de muerte?”? Que sin duda son imperfectos es algo que toda la Escritura deja bien en claro. No obstante, el presente contexto—consideremos especialmente la combinación de dolor y esperanza—apunta también en una dirección diferente. El hecho mismo que los hijos de Dios poseen aun ahora—es decir, que son morada de—el Espíritu Santo, hace brotar en ellos un doloroso sentido de carencia. Lo que ya tienen hace que tengan hambre de recibir más: es decir, de tener la salvación en toda su plenitud. Es en sentido que el dolor y la esperanza se combinan aquí.

Los creyentes ya han sido adoptados como hijos de Dios y por eso lo pueden llamar Abba. Pero, en otro sentido, aguardan aún su adopción. Esperan la manifestación pública de su posición como hijos de Dios. En este momento sus cuerpos están todavía sujetos a la muerte. Pero un día sus almas habrán sido completamente liberadas del pecado y sus cuerpos habrán sido transformados, de modo que se parecerán al glorioso cuerpo del Señor Jesucristo mismo. Ellos anticipan ese gran día con esperanza.

Este texto retoma este tema de la esperanza del creyente. Para entender Romanos 8:24 debemos comenzar por afirmar que algunas Biblias traducen este texto como “Somos salvos por la esperanza”. Eso es erróneo. Pablo escribió “en esperanza”. Lo que quiso decir es que en algún momento del pasado (probablemente en fecha diferente para cada persona), cuando fuimos salvados, esa salvación no se nos entregó completa en un solo paquete. No llegó “en bloque”. Por el contrario, vino a nosotros “con una promesa por venir”. Elementos de la salvación tales como la elección, el llamado, la regeneración, la conversión básica, la fe, la justificación e inclusive, aunque en parte, la santificación, ya habían acontecido. Resta-

ban todavía por culminar un progreso adicional en la santificación y finalmente, al morir— y aún más plenamente al regresar Cristo—la glorificación. Es claro, por consiguiente, que Pablo podía escribir que: “en esperanza fuimos salvados”.

La esperanza cristiana, empero, debe ser distinguida de la “esperanza” de la que hablamos en la vida diaria. Con frecuencia, esta última no pasa de ser un deseo de que algo bueno nos suceda, al que se añade una cierta creencia de que ello quizá llegue a acontecer. La verdad es que tal esperanza puede muchas veces ser definida como “aquello que precede al desencanto”. Su imagen asemeja a veces la de un hombre que se está ahogando y que desesperado se agarra de un pelo. Pero la esperanza cristiana es segura, de acuerdo al autor del libro de los Hebreos:

Hebreos 6:18-20

...tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor...

En cuanto al resto del versículo, todo se hace transparente cuando nos damos cuenta que la palabra esperanza puede tener tres significados diferentes. Puede indicar: (a) un sentir o aun una convicción que lo deseado sucederá; (b) la persona a quien se considera capaz de hacer que se cumpla, como en “Nuestra esperanza ... has sido, eres y serás ... Señor”, y (c) el objeto que se espera. Parecería que en griego este último significado es más común que en el español. Es así como traducimos el resto del versículo 24 como sigue:

“Pero cuando algo esperado es visto, ya no es más objeto de esperanza, porque ¿quién espera lo que ve?”

La verdad que aquí se expresa es obvia: cuando aquello que uno esperaba ha llegado y ahora está frente a uno, de modo que es posible verlo (implícito: que también se lo puede agarrar), deja de ser objeto de esperanza.

Pablo enfatiza la necesidad de echar mano del ancla de la esperanza. Es como si estuviera diciendo: “Así como la fe es necesaria para apropiarse de la salvación que Cristo ha obtenido para vosotros en el pasado, del mismo modo la esperanza es necesaria para hacer propias las bendiciones futuras. Esas riquezas están reservadas para todos aquellos que humildemente confiesan sus faltas y confían totalmente en Dios, el Dador misericordioso. Recordad, vosotros habéis sido salvados ‘en esperanza’”.

La aplicación práctica para el día de hoy es clara. Hay quienes parecen pensar que ya han llegado a la meta. Creen que la petición “Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros

perdonamos a nuestros deudores” no es para ellos. Quizá también crean que han recibido “la segunda bendición” y que por consiguiente son creyentes de un orden superior. Y hay aun quienes hacen promoción a favor del error que afirma que también el cuerpo ya es perfecto y que la enfermedad no es más que una invención de la imaginación. Para ellos toda futura “redención del cuerpo” tiene poco significado. Es como si Pablo les estuviese diciendo a todos ellos: “Vosotros habéis eliminado la doctrina bíblica de la salvación en esperanza, porque, ¿cómo puede uno esperar lo que ya tiene ... o piensa que tiene?”

Se podría objetar, diciendo: “Pero el apóstol no vivía en nuestros días. ¿Había alguna razón por la que él considerase necesario enfatizar en esta epístola la importancia de la esperanza en la vida del creyente? ¿Podemos demostrar que había en la iglesia de Roma quienes se consideraban fuertes y por ende capaces de prescindir, al menos en alguna medida, de la esperanza, ya que estimaban haber llegado a su meta?”

La respuesta es afirmativa. En términos generales Pablo tenía un muy buen concepto de la iglesia de Roma. Pero había excepciones, como lo indican los siguientes pasajes:

“No tenga más alto concepto de sí que el que debe tener” (12:3).

“Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano?” (14:10).

“No nos juzguemos más los unos a los otros” (14:13).

“Los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos” (15:1).

La conclusión del párrafo es verdaderamente hermosa: “*Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos.*” Esto nos recuerda otro pasaje paulino similar, uno que les escribió a los creyentes en Corinto:

2 Corintios 4:18

...no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven, pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.

6. Los gemidos del Espíritu

De igual manera, el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad, pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Pero el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos.

Tras haber considerado del gemido de la creación y el de los hijos de Dios, Pablo ahora pasa a considerar los gemidos del Espíritu. Nos dice algo respecto a su necesidad, su autor y su carácter y su efectividad.

6.1. Su necesidad

El apóstol indica “nuestra debilidad”, nuestras limitaciones humanas debidas al pecado. Tal debilidad consiste, al menos en parte, en que “no sabemos qué es lo que debemos orar”. No estamos seguros respecto al contenido de la oración que pueda estar en armonía con la voluntad de Dios. Al decir “nosotros”, el apóstol se incluye a sí mismo.

Puede parecer extraño que un hombre de la estatura espiritual de Pablo admita esto. ¿Cómo pudo ser que este maravilloso misionero, ardiente amador de almas, escritor divinamente inspirado, hiciera tal afirmación? Fuera de las oraciones de Jesucristo, ¿hay acaso en el ámbito de la oración algo más cargado de pensamientos, más ferviente o sublime que la oración del apóstol registrada en la carta a los cristianos en Éfeso?

Efesios 3:14–19

Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo (de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra), para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.

La solución es probablemente ésta: Pablo ciertamente sabía cuál debía ser el contenido general de la oración. Sabía que uno debía orar por el espíritu perdonador, por la paz entre los miembros de la iglesia, por un aumento en el conocimiento de las cosas espirituales, por prontitud para dar testimonio de Cristo, por valor en medio de la aflicción y de la persecución, por compasión a los que están en necesidad, por gratitud hacia Dios; de hecho, por todos los frutos del Espíritu. Pero qué había que orar en el caso de alguna dificultad o situación específica era algo que no siempre estaba claro.

Una buena ilustración de esto es el hecho registrado en la segunda carta que Pablo envió a los creyentes en Corinto, con referencia al “aguijón en la carne”. Cuál pueda haber sido precisamente tal aguijón, nadie lo sabe. Lo que sí sabemos es que Pablo lo encontraba muy molesto. En consecuencia, él oró: “Señor, por favor, quítame ese aguijón”. Tres veces hizo esta oración. Parece que él opinaba que la remoción de dicho aguijón haría de él un testigo más poderoso de Cristo. Pero la respuesta de Dios fue: “Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad”.

Si alguien objetara: “Entonces ¿por qué no permitir que el Espíritu se ocupe totalmente de la oración? ¿Por qué hemos de orar nosotros?”, la respuesta sería:

- a. El hijo de Dios necesita y desea derramar su corazón ante Dios en oración y acción de gracias
- b. El Espíritu Santo ora solamente en los corazones de los que oran
- c. Dios ha mandado a su pueblo que ore y ha prometido acceder a todas aquellas peticiones que estén en consonancia con su voluntad
- d. Debe haber muchas oraciones que no necesitan ser contrarrestadas por el Espíritu.

Las palabras: “El Espíritu nos ayuda en nuestras debilidades” no deben ser interpretadas demasiado estrechamente, como si el significado fuese que el Espíritu solamente nos ayuda a orar. Él nos ayuda “en nuestra debilidad”, cualquiera sea la naturaleza de esa debilidad, inclusive nuestra debilidad en el orar.

6.2. Su autor y carácter

¿Cómo nos ayuda el Espíritu? La respuesta es: “El Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles”. ¿Qué significan estas palabras?

Sería difícil definir exactamente qué es lo que este gemir del Espíritu implica. ¿Estamos en error cuando expresamos que por lo menos significa que el Espíritu ama tanto a los santos que ansía aquel gran día en que, libres de toda mancha de pecado, ellos glorifiquen a Dios para siempre jamás en la perfección de la santidad y del gozo? Aunque sería difícil demostrar que las palabras: “Ese Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente” (Santiago 4:5) son la mejor traducción del original, aun así las mismas pueden echar luz sobre el significado de los gemidos del Espíritu. ¿Y acaso no nos encontramos con similares expresiones muy emocionales por medio de las cuales se nos permite vislumbrar en el corazón mismo de Dios? Si uno quiere, puede considerar la expresión: “El Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles” como “extremadamente antropomórfica (de forma humana)”. Con todo, la misma expresa una verdad que difícilmente podamos descuidar. Si el conocimiento humano apunta hacia su origen, la divina omnisciencia; y sí el poder humano apunta hacia la omnipotencia divina, es difícil creer que la emoción humana no refleje nada de lo que hay en Dios. Según la Escritura, ¡Dios no es Buda, ni el cielo es Nirvana!

Romanos 8 enseña que los creyentes tienen dos intercesores: el Espíritu Santo y Cristo. Cristo ejecuta su tarea intercesora en el cielo y el Espíritu Santo en la tierra. La intercesión de Cristo toma lugar fuera de nosotros, la del Espíritu Santo dentro de

nosotros; es decir, en nuestros propios corazones. Cristo ora para que los méritos de su obra redentora sean plenamente aplicados a los que confían en Él. El Espíritu Santo ora para que las necesidades profundamente ocultas de nuestros corazones, necesidades que a veces nosotros ni siquiera nos percatamos, sean satisfechas. La intercesión de Cristo puede ser comparada con la de un padre, la cabeza de la familia, a favor de todos los miembros de la familia: La intercesión del Espíritu Santo nos hace recordar más bien a una madre de rodillas al lado de la cama de su hijo enfermo y que en su oración presenta las necesidades de ese niño al Padre Celestial.

6.3. Su efectividad

La intercesión del Espíritu Santo, acompañada de gemidos, no es infructuosa. Aquel que constantemente escudriña los corazones humanos, ¿no sería capaz de leer la intención de su propio Espíritu que mora en estos corazones? ¿No conocería el significado de los gemidos indecibles de ese Espíritu? Una y otra vez la Escritura da testimonio de la verdad de la omnisciencia de Dios. Véanse, por ejemplo, los siguientes pasajes:

1 Samuel 16:7

El hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero el Señor mira el corazón.

1 Reyes 8:39

Solamente tú conoces los corazones de todos los hijos de los hombres.

Jeremías 17:9-10

Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá? Yo, el Señor, que escudriño la mente, que pruebo el corazón.

Hechos 1:24

Tú, Señor, conoces los corazones de todos.

1 Corintios 4:5

El Señor sacará a la luz lo que está oculto en la oscuridad, y expondrá los motivos de los corazones de los hombres.

Hebreos 4:13

No hay criatura que esté oculta ante los ojos de Dios. Todas las cosas están abiertas y expuestas ante los ojos de aquel a quien debemos rendir cuentas.

Pero no sólo lo sabe todo Dios. Lo que se enfatiza es que Él sabe que el Espíritu intercede en armonía con su propia voluntad (la de Dios). ¿No son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo el verdadero Dios, que es Uno? Toda discordia entre ellos es, por ende, imposible. Hay una perfecta armonía entre las personas de la Santa Trinidad, de modo que la intercesión del Espíritu, acompañada de gemidos, coincide completamente con la voluntad del Padre, el resultado debe ser que dicha intercesión es siempre efectiva. Ninguno de los santos se pierde nunca, todos se salvarán.

Notemos también que al Espíritu Santo se le describe en constante intercesión “por los santos”, es decir, por aquellos que han sido apartados para vivir vidas consagradas a la gloria del Dios trino revelado en Cristo Jesús.

7. Conclusión

La verdad resplandeciente que iluminaba la vida para Pablo era que la situación humana no es desesperada. Pablo no era pesimista. Veía el pecado humano y el estado del mundo; pero veía también el poder redentor de Dios. Por lo tanto, lo veía todo con esperanza. La vida no era para él una espera desesperada del trágico final de un mundo sitiado por el pecado, la muerte y la corrupción; sino una anticipación anhelante de la liberación, la renovación y la recreación que obrarán la gloria y el poder de Dios.

En el versículo 19 se usa una palabra maravillosa para anhelante expectación, *apokaradokia*, que describe la actitud del que adelanta la cabeza y aguza la mirada escrutando el horizonte para descubrir en la distancia las primeras señales del amanecer de la gloria. Para Pablo la vida no era una fatigosa y frustrante espera, sino una expectación gozosa y trepidante.

El cristiano está involucrado en la situación humana. Por dentro, tiene que luchar con su propia naturaleza humana pecadora; por fuera, tiene que vivir en un mundo de muerte y corrupción. Sin embargo, el cristiano no vive sólo en este mundo: ¡también vive en Cristo! No mira solamente a las cosas de este mundo, sino también hacia Dios. Además de las consecuencias del pecado humano, ve también el poder, la misericordia y el amor de Dios. Por tanto, la clave de la vida cristiana es siempre la esperanza y nunca la desesperación. El cristiano espera, no la muerte, sino la vida.

